

## PRÓLOGO

---

Escribo este prólogo á instancias del autor del libro, y por cumplir una promesa antigua. Me apresuro á decir que ninguna repugnancia sentiría de entrar en semejante tarea, si sólo hubiera que considerar la personalidad del escritor que me pide estos renglones. Enrique Gómez Carrillo es mi buen amigo, aunque jamás nos hemos visto; le debo multitud de atenciones; creo en su talento; el trabajo de propaganda literaria que se ha impuesto, me es, con las salvedades que vienen después, muy simpático; y por todo esto, y si sólo esto hubiera que ver, para mí sería no sólo honra sino gusto llenar estas primeras páginas.

Pero hay que atender á otras cosas. El estado actual de mi ánimo; la tendencia, hoy por hoy, de mis ideas, de mis gustos; mis preferencias pre-



sentes en estudios, meditaciones y lecturas, me hacen el hombre menos á propósito para poner prólogo á un libro de novedades literarias, libro de *cosmopolita*.

Hace algunos años, no pocos, yo seguía con atención é interés la vida inquieta de la literatura de los jóvenes, según era en París y sus muchas *sucursales*. Hoy confieso que he dejado, por hastío, de seguir tales cambios. Me ha aburrido la poca formalidad, y me he cansado de esperar cosas de mucha substancia, que no llegan.

También ahora estudio con atención el *modernismo* y me intereso por los *jóvenes maestros*; pero son otros maestros jóvenes, son otras novedades. Á mi ver, en Francia, como en Alemania, y acaso en otras naciones de las más adelantadas, la juventud que vale más y las novedades verdaderas y de enjundia, no hay que buscarlas en la *amena* literatura, que está pasando un mal rato, sino en la ciencia y en la filosofía.

Hoy, amigo Carrillo, me pasa á mí algo parecido, en cierto modo, á lo que sucedía á los compañeros de Renán en San Sulpicio, los cuales sonreían con un poco de desdén ante la *mera literatura*.

No digo que este actual estado de mi alma sea recomendable; por lo menos no creo esta ocasión para demostrar que lo es; pero, bueno ó malo, es real; y aun suponiendo que sea el mejor, de seguro no sirve para tratar con el entusiasmo que sería del caso los asuntos del libro cuyo prólogo se me pide.

Un ejemplo hará ver con mayor claridad esta incongruencia, de la cual me quejo, porque produce ingrata disonancia entre mi humor y el espíritu de este libro.

Max Nordau es uno de los personajes á quien el Sr. Gómez Carrillo se ha tomado el trabajo de visitar, para estudiarlos de cerca, para oír de sus labios alguna confidencia que revelara, más ó menos, el *estado de alma* del hombre notable á quien se quería observar.

Bueno; pues en mi humilde opinión, Max Nordau no merece que se le busque y sonsaque, ni las demás diligencias que en Gómez Carrillo supone la visita.

Max Nordau no es un sabio, no es un filósofo, no es un artista; es uno de tantos publicistas que entienden un poco de muchas cosas, y de todas ellas hablan y escriben, aprovechando, para ad-



quirir notoriedad, la armonía que existe entre su espíritu vulgar y de ideas superficiales, y el espíritu de la gran masa de lectores adocenados. Max Nordau cultiva la especialidad de la brocha gorda y da escobazos, allí donde harían falta los más sutiles pinceles.

\* \* \*

Yo deseo, y espero, que el simpático Gómez Carrillo, con el tiempo, vaya moderando la generosa tendencia que le hizo admitir como buenas casi todas las *eminencias* que la fama, sobornada de mil maneras, va proclamando á última hora.

Es muy de los jóvenes americanos del día y de algunos españoles ese *engouement* que los lleva á todo lo *modernísimo* y exótico. En muchos de ellos, semejante prurito se muestra del modo más indiscreto; en Gómez Carrillo es menos irreflexivo, más prudente; y esto mismo me hace creer y esperar que llegue á desaparecer por completo. Por eso, en vez de escribirle un prólogo *bailándole el agua*, alabándole el gusto, sin pizca de sinceridad, con cuatro palabras de cumplido, para aca-

bar pronto, prefiero decirle lo que siento, aunque estas pocas páginas resulten algo desabridas.

Gómez Carrillo se dedica particularmente á una tarea nobilísima que viene á ser *cura de almas*, y que consiste en vulgarizar, con entusiasmo y forma artística, el movimiento literario europeo contemporáneo, entre los pueblos que hablan castellano. ¿Cómo no he de alabar yo tan generoso propósito, si he estado predicando siempre la conveniencia de hacer lo mismo, y en modestísimos límites he procurado trabajar algo en tal sentido?

Sólo conozco una cosa más nociva que el aislamiento del espíritu nacional: la disolución del espíritu nacional.

Conste, antes de seguir, que para mí, radical en esto, España y América española son una sola nación, aunque ellas no quieran y aunque tengan diferentes Estados. Hemos sido *unos* y volveremos á serlo, acaso pronto.

Viendo esto así, ¿cómo no ha de darme pena que en aquella parte del espíritu americano de quien más hay que esperar, la parte de la juventud ilustrada, artística, de altas ideas, de anhelos desinteresados, el afán, noble en sí, de lo moder-



no, tome casi siempre el camino que va al peor abismo, al aniquilamiento de la savia española, de la envidia castiza? Siempre que he predicado la necesidad de asimilarse lo extranjero he añadido la advertencia de que asimilar significa hacer propio, convertir en propia substancia, agregar algo á nuestro organismo para conservarlo, para que siga siendo lo que es. ¿Cómo no he de censurar á esa literatura americana que no asimila lo extraño, sino que se *disuelve* en lo extraño; que, con una especie de éxtasis, muy mal empleado, se pierde en el *objeto amado*, pasa á él, y viene á convertirse en un triste remedo de los tiquis miquis de las letras francesas, según las cultivan muchachos más ó menos despiertos que á sí propios se llaman genios?

\*  
\* \*

Pues, ahora: si la noble tarea de Gómez Carrillo no es conducida con mucha prudencia, huyendo de extremos, con precaución y aun cautela, ¿no estará expuesta á favorecer esa *disolución* de lo español, de lo castizo, de lo *nuestro*? Sí, lo

está; y como Gómez Carrillo no se ve libre por completo del *vicio* de que hablaba, su propaganda de cosmopolitismo literario, que desde el punto de vista de la noticia, de la información es excelente, necesita correctivo por otro lado.

Las mismas condiciones de la vida actual de *nuestro autor* le inclinan á dejarse llevar por esa tendencia tan perniciosa para el *españolismo*, que hay que conservar, cueste lo que cueste. Vive Gómez Carrillo en París, vive rodeado de lo puramente parisiense, no de lo español que por allí pudiera encontrarse; y lejos de España, y lejos de América, que viene á ser España, cada día lo nacional perderá terreno en ese espíritu. Pero hay más; dentro de lo parisiense hay la especie de lo parisiense que se cree *cosmopolita*, artístico, libre de preocupaciones *burguesas*, sin lazos prosaicos con lo natural ordinario; en fin, una pura abstracción de Bouvard y Pecuchet, que ahora se dedican á creerse Flaubert, su creador. En esa atmósfera respira Gómez Carrillo. En su libro se ve pronto: Sarcey... ¡un pobre burgués!; un señor Lajeneusse, maldiciente de oficio... ¡una gran cosa!; un señor no sé cuántos, amigo de Carrillo, ¡un gran poeta!; Victor Hugo, ¡inferior á Verlai-



ne! ; y... fíjese mi amigo en esto : las notabilidades que él va á estudiar fuera de Francia, los *hombres del Norte* y de Italia que él nos quiere presentar... son los que han pasado por la aduana de la crítica francesa, no la de Sarcey y demás burgueses, si no la de la nueva *juventud dorada* que pretende imponer ídolos á toda Europa. ¿Por qué Gómez Carrillo ha ido á fijarse en un dramaturgo de segundo orden, á veces extravagante, de ultra-Rin? Porque en París estuvo de moda una temporada.

Si quiere ver mi buen amigo en un reflejo fiel el peligro de su cosmopolitismo literario para la juventud á quien principalmente se dirige, lea la crítica que de sus obras, las de Gómez Carrillo, ha escrito poco ha un muchacho de Montevideo, me parece, en la excelente *Revista Nacional*. ¡Con qué entusiasmo repite el *crítico* los nombres desconocidos, pero sin duda resplandecientes, de rusos, griegos (¡ah, los griegos!), polacos, japoneses, etc., etc., que usted cita en sus últimos libros!

En el fondo de ese entusiasmo de *snob*, hay algo noble, generoso ; pero ¡á qué ridículas profundidades de abdicación espiritual se va por ese despeñadero!

¿No ha visto usted las mil y mil veces que poetas y críticos jóvenes traen y llevan al pobre Moreas (¡otro griego!), como si en todas partes y en todo tiempo no hubiera y hubiese habido docenas de docenas de Moreas? Pero es que éste, el que ellos conocen, es el recomendado por los *cenáculos* de París! ¡Y lo más florido de la juventud de muchas repúblicas americanas se deja encadenar en esta especie de servidumbre ridícula!

¿Lo más florido? Acaso no. Ojalá no. Yo quiero suponer, aunque sea exagerando el valor de ciertos indicios, que gran parte de los jóvenes de talento de América saben ya de otro género de novedades europeas, no casi exclusivamente francesas ó pasadas por tamiz francés: novedades más serias, más profundas y más compatibles con la conservación del carácter nacional, por lo mismo que se refieren esas novedades á la pura indagación de la verdad, ya filosófica, ya de lo que se llama hoy por antonomasia, científico. Ciencia y filosofía tienden, legítimamente, por ley de su esencia, á ser cada día más *cosmopolitas*, tienden á ser universales: lo mismo debe hacer la religión, digna de nuestro estado actual de conciencia. Por eso, en



todas esas esferas, los americanos que escuchan las voces nuevas, sin hacer traición al españolismo, podrán trabajar mucho en pro del más positivo progreso de su patria, de la gran patria hispano-americana.

El noble anhelo de empapar el espíritu en los más recientes caudales de las fuentes riquísimas de la cultura moderna, puede lograrse mejor siguiendo los pasos de la modernísima filosofía y de la ciencia parsimoniosa y concienzuda, que empeñándose en remedar los pruritos de literatura transcendental de tantos y tantos publicistas modernos que, no pudiendo restaurar la frescura de la imaginación con peregrinas pero naturales invenciones, piden de prestado al saber metódico y profundo, teorías, tendencias, criterio, y quieren que para saber algo de la cuestión social vengamos á estudiar novelas y dramas, y para penetrar el alma del misterio religioso nos atengamos á unos cuantos líricos que se meten frailes, hartos de carne.

\*  
\*

Gómez Carrillo empieza ya, en sus trabajos más recientes, á preocuparse con problemas y sentimientos más importantes que los de pura forma, que suelen privar en la vida superficial de la polémica literaria; por eso va á buscar en los dramaturgos, novelistas, líricos y críticos literarios que admira, lo que allí no se le ofrece en la fuente primera, en el manantial de origen. Un poco más y nuestro autor llegará á consultar á quien se debe y como se debe sobre tan graves y arduos asuntos. Y entonces verá, que si, v. gr., Ibsen es y será siempre un gran escritor, un poeta dramático insigne, porque es artista en efecto, no hay que tomarle por oráculo en sus opiniones acerca del fin de la vida, del destino natural de la mujer, de la relación del individuo con la sociedad, etc., etc. Verá también que á muchos á quien hoy él, Gómez Carrillo, admira, hay que declararlos medianías, porque ni son grandes artistas, ni en punto á capitales cuestiones científicas y filosóficas hacen más que dejarse sugestionar, sin saberlo, y tomar



por original y como intuitiva manera de pensar y sentir, lo que es mero *psitacismo*, natural en quien no estudia desde el comienzo, con sistema y constancia, los altísimos principios de que todo depende.

Está sucediendo en literatura lo mismo que en las que solían llamarse ciencias morales y políticas, particularmente en el Derecho. Los tratadistas particulares de estas ciencias necesitan fundarse en algo superior al peculiar asunto, y toman por cierto lo que de segunda mano llega á ellos, sin reflexión propia. Sirva de ejemplo la famosa *evolución* con la que andan á vueltas sociólogos, penalistas y hasta civilistas, muy particularmente en Italia, donde esta pseudociencia está haciendo estragos.

Los literatos, como los fisiólogos metidos á filósofos, como los juristas metidos á metafísicos, toman principios y leyes cardinales donde pueden, y creen obedecer á propia inspiración, cuando no son más que el eco servil de las ideas, vulgares ya, que salieron de este ó el otro sistema que pudo hacerse popular gracias á la claridad de sus enseñanzas superficiales, y á la concordancia de sus conclusiones morales y la pequeñez de las co-

munes aspiraciones de la plebe moral; plebe que llega á los tronos...

\* \* \*

Pero ¿á dónde voy con todo esto? Perdóneme Gómez Carrillo, en gracia de la buena intención. Ya le decía al principio que era yo el hombre menos á propósito para poner prólogo á un libro en que se estudia el humor y hasta los caprichos de varios literatos y artistas, algunos eminentes de veras; otros medianos, de veras también, y algunos insignificantes.

Voy á ver si puedo resumir, ó por lo menos, concretar mi pensamiento.

El propósito de propagar ideas relativas á la vida espiritual contemporánea de Europa, me parece excelente.

La tendencia de cosmopolitismo que guía á *nuestro autor*, aunque racional en sí, ofrece graves peligros.

Los ofrece en particular para el mismo Gómez Carrillo, que se expone á perder toda la *tierra española* que todavía lleva entre pie y zapato, según



dicen, que hace el rey de Persia, cuando va por el mundo.

Aun sube de punto el peligro, si atendemos á la singular debilidad en que ha caído la juventud americana para la cual Gómez Carrillo principalmente escribe, en cuanto es ella quien más lee sus obras.

Es cosa, en definitiva, vacía, la nueva literatura formal, y si se busca un fondo de interés humano, algo que importe al derecho, á la religión, á la ciencia, etc., etc., en las letras, es falsa dirección la que cree darnos el contenido de la cultura actual, ateniéndose á los poetas, novelistas, críticos y demás artistas que, por lo común, no hacen hoy más que reflejar por medios de representación estética, más ó menos pura, *momentos* ya pasados, que no llevan en sí la flor y nata del pensar y sentir de nuestro tiempo...

\* \* \*

Yo no puedo, amigo Gómez Carrillo, decir aquí las mil y mil cosas que se me ocurren acerca de tan importante asunto. Si nos viéramos, si nos habláramos, si pudiésemos *leer juntos*, conversar

días y días, casi me atrevo á creer que había de hacerle pensar á usted un poco en esta mi situación de ahora y no encontrarla irracional por completo.

De todas suertes, espero de su claro talento, y aun más de su buen corazón, que no vea en este prólogo, algo extraño sin duda, un sermón impertinente, ni una *pose* pedantesca, ni una salida de mal humor. Acaso, acaso debí pulirlo un poco, para darle más amable apariencia y disimular el mal sabor; pero con usted tales precauciones no son de importancia; porque harto sabe que á las *drogas frías*, como las llamó el segundo Argensola,

« dióles su lustre el fino oro de Tíbar,  
mas no las pudo hacer menos amargas. »

No; no es usted de los que *intentan restaurarse con almíbar*, y como de mi amistad y recta intención está seguro, no hay que poner ni quitar nada.

Otros habrá que tal vez quieran meter cizaña, y le digan que no debió consentir que sirviera de entrada á su libro prólogo concebido con ánimo tan diferente del que al libro mismo da carácter;



pero usted puede contestar á esos maliciosos, que no deja de tener su pizca de gracia, pimienta y novedad, de la que hoy tanto se busca, esto de consentir que un BURGUÉS, como yo lo soy de fijo, escriba las primeras páginas de un volumen en que tan mal parados vemos á los burgueses. Acredita usted, publicando estos renglones míos, que sabe practicar el dogma de la tolerancia, que predicamos todos; que lleva tan lejos su noble sincretismo literario, que hasta sabe guardar consideración y respeto á los caducos defensores de clásicas manías, que ni creen en Max Nordau, ni en toda la luz que viene del Norte, ni en ninguno de los genios que pululan entre la juventud literaria francesa.

Y en último caso, aun publicando mi prólogo, puede usted hacerse cargo de que ya tengo cuarenta años muy cumplidos, y pensar que, según ciertas palabras del *Fausto*, «nada hay bueno para el hombre ya maduro, pero se puede contar con el aplauso del neófito».

CLARÍN.

## EL REGRESO FATAL